

CAPÍTULO DIECIOCHO

Deusto

Cuando el comisario Campos se plantó frente a la fachada de la universidad de Deusto, clásica y desprovista de ornamentos, no pudo por menos que sentir admiración por el magnífico edificio.

Hace ya más de un siglo que algunas grandes fortunas de Bilbao, al mando de Casilda Iturizar, la construyeron dejando a toda la ciudad sobrecogida. Era el mayor edificio de toda Vizcaya.

El marido de Doña Casilda, Tomás de Epalza, había fundado la primera instalación siderúrgica moderna en el País Vasco. Fue en junio de 1841. Don Tomás compró unos terrenos en el municipio de Begoña, donde solo habían molinos y ferrerías tradicionales, y construyó la fábrica de Santa Ana de Bolueta. Siete años más tarde, siguiendo su modelo, se instalaron los primeros altos hornos del País Vasco. Eran los segundos del país, tras los de Marbella, en Málaga.

Asimismo, en 1856, un grupo de comerciantes e industriales de Bilbao, entre los que se hallaba también

Tomás de Epalza, decidieron fundar un banco con capital únicamente local, para poder hacer frente a la presencia del Credit Mobilier francés. Sus promotores se acogían a la reciente ley de bancos de emisión de 28 de enero de 1856, que eliminaba el monopolio del Banco de San Fernando (después llamado Banco de España).

Estos grandes y multimillonarios emprendedores ya tenían su propio banco. Ahora, solo les faltaba una universidad a la altura de las empresas que se estaban creando; y donde sus hijos pudieran formarse con el mejor profesorado religioso de la época: los jesuitas.

Así nació Deusto. La fortuna que costaba internar a un joven en ella solo estaba al alcance de estas grandes familias. Al principio, la ciudad llegó a odiar todo lo que significaba la universidad, símbolo de la diferencia de clases. La enorme separación física y social estaba marcada por la ría y por los altos muros del edificio, frente a las modestas huertas y herrerías de la ribera del Nervión, donde ahora se yerguen la torre Iberdrola y el Museo Guggenheim.

El comisario Campos había leído algo de la historia de la universidad en un libro conmemorativo titulado Empresas de Euskadi, que el Lendakari en persona le regaló hacía quince años, cuando le hizo entrega de la medalla al mérito policial por el rescate de unos niños secuestrados en *Gernika*. Campos siempre fue un hombre preocupado por la cultura que, a pesar de su escasa formación académica, había tratado de cultivarse todo lo posible. Nunca compartió con sus compañeros su secreta afición a la arqueología que le llevó a inventariar y fotografiar todos los cromlechs y dólmenes de Álava (obra que publicó la consejería de turismo en un pequeño libro en blanco y negro). Aunque su nombre apareció en el

mismo y estaba expuesto en los escaparates de algunas librerías del centro de Vitoria, ninguno de sus compañeros lo asoció con el discreto comisario. Por supuesto, Campos jamás hizo partícipe a nadie de sus lecturas filosóficas, ni de su pasión por John Milton, que le llevó a aprender inglés y más tarde inglés antiguo, para poder leer su poema épico "El Paraíso Perdido" en su edición original. Muy al contrario, el comisario guardaba como un preciado tesoro sus aficiones culturales y no solía comentar nada que tuviera que ver con estos asuntos, por mucho que la conversación tomara ese derrotero. Campos, casado, no hacía mucha vida con sus compañeros. Muchos de ellos, aún después de haber trabajado a su lado durante décadas, ni siquiera conocían a su mujer; a la que burlonamente llamaban la mujer de Colombo, en referencia al detective de la televisión norteamericana cuya esposa, a la que nombraba a menudo, jamás aparecía en pantalla.

Pero volvamos a los hechos. El comisario Campos no había escogido la universidad de Deusto por casualidad. La elección del marco para la entrevista había sido cuidadosamente meditada. Antonio Aguirre le estaba esperando en la cafetería del antiguo edificio de *la Comercial*. La universidad de Deusto está compuesta de dos grandes edificios históricos: el primero de ellos y más antiguo es *la Literaria*, donde se estudia Derecho; el segundo, levantado algunos años después, es *la Comercial*, donde se estudia Económicas y Empresariales.

Antonio Aguirre y el comisario Campos enseguida pidieron un café y dio comienzo una conversación esclarecedora.

—Supongo que usted, por doble motivo, estará sobradamente al tanto de los últimos acontecimientos en

el seno de la organización terrorista y de cómo el gobierno y los partidos abertzales intentan avanzar en el proceso.

—Por supuesto. Además, mis alumnos no hablan de otra cosa y constantemente me hacen preguntas.

—¿Por qué a usted?

—Bueno, Euskadi es muy pequeño, muchos saben que en el pasado yo simpatizaba con la izquierda más radical.

—¿Era usted terrorista?

—Jamás se me procesó como tal. Ni tampoco se me aplicó la ley antiterrorista por colaborar con la banda. Digamos que, como muchos otros en aquella época, miraba hacia otro lado. Y sí, es cierto, hacíamos algunos trabajos domésticos que facilitaban los movimientos de los más radicales. No estoy orgulloso de ello.

—Hay gente que piensa que usted ha sido un tapado de la organización terrorista dentro del Partido Socialista.

—La gente tiene mucho tiempo libre. Yo solo soy un modesto profesor que tiene la suerte de trabajar en la mejor escuela de negocios y de militar en un partido comprometido socialmente.

—¿Suerte? ¿Cómo entró a trabajar en la Universidad de Deusto?

—Unas oposiciones me dieron la cátedra.

—¿Cuántas personas se presentaron?

—Más de doscientos profesores.

—He estado revisando su currículum académico y nunca fue un estudiante brillante. Digamos más bien que era del montón.

—Cuando uno es joven, estudiar no suele ser lo prioritario.

—Sin embargo, algunos atestiguan que hizo un examen brillante.

—Así fue. Sobresaliente *cum laude*.

—También he estado revisando su árbol familiar y parece que usted tiene una estrecha relación con esta Universidad.

—¿A qué se refiere?

—¿Le dice algo el escudo de la fachada central de este edificio? Es el escudo de la fundación que lo levantó.

—No soy un experto en heráldica.

—Yo tampoco, pero me ha bastado entrar en Google para descubrir que ese escudo en realidad son cinco escudos juntos. Es el resultado de la fusión de los escudos de Vizcaya y de Deusto, de la Compañía de Jesús, de la familia Aguirre y del pueblo de Berango, lugar de nacimiento de los Aguirre, que fueron los que pusieron el dinero para levantar el edificio.

—Somos muchos los vascos con el apellido Aguirre, pero no le engañaré: los fundadores eran primos de uno de mis tatarabuelos. No me sirvió de mucho para el examen.

—Hábleme de ellos.

—Pedro y Domingo de Aguirre nacieron en Berango, Vizcaya, pero emigraron en el siglo XIX a América. Enseguida notaron que, entre los vascos más emprendedores que allí desarrollaban sus negocios, había un déficit de formación en materia de economía y empresa. De vuelta a Bilbao, dedicaron su fortuna a la creación de algo inaudito en la universidad española, pero que ya existía en Inglaterra o en Estados Unidos, un centro dedicado a impartir estudios de economía. A la muerte de estos, su sobrino, Pedro de Icaza y Aguirre, recogió su herencia y su legado. Y, por fin, apoyado por la clase empresarial vasca, se creó *la Comercial*: la segunda facultad de la Universidad de Deusto; que complementaría a *la Literaria*, la facultad de derecho.

Pedro Icaza y Aguirre se encargó de la compra de los terrenos, de los costes de construcción del edificio y de mantener, durante décadas, económicamente el nuevo centro de estudios. Por supuesto, la dirección corrió a cargo de la Compañía de Jesús. El objetivo fundacional de *la Comercial* fue leído en el discurso de apertura por el padre Chalbaud: “Formar los jefes de empresa, los hombres de negocios, los gerentes; en una palabra: los directores”.

—¿Eran masones? En América, en el siglo XIX gran parte de la burguesía lo era.

—No tengo ni idea. Pero la masonería y la Compañía de Jesús nunca se llevaron bien.

—Me llamó mucho la atención el escudo de la familia "Aguirre". Es el más llamativo de los cinco. Dos lobas bajo un árbol, una carrasca, una especie de encina. Así que, comido por la curiosidad, me fui a ver a un amigo que vende escudos heráldicos y árboles genealógicos en una tienda del centro de Vitoria. Y no se lo va a creer, pero resultó interesantísimo todo lo que me contó. La heráldica es realmente un mundo apasionante, lleno de simbolismos. En el caso del escudo de los Aguirre lo que más llama la atención lógicamente son las dos lobas. En sus versiones más antiguas cada loba aparece amamantando a dos lobeznos. ¿No le parece curioso? Así que le pregunté a mi amigo qué significado podían tener. El lobo, por lo visto, es la encarnación de lo violento, independiente, atrevido, solitario y rebelde, frente al León y al Águila, que son animales cortesanos que simbolizan lo establecido, el orden y en concreto a la monarquía. Déjeme que le lea —el comisario sacó una libretita en la que llevaba apuntadas unas notas—, “el lobo cuando se muestra activo, suele representar al guerrero esforzado,

cruel con sus enemigos, a los que nunca da cuartel, y siempre listo para la acción. Su fuerza y ardor en el combate hacen del lobo una alegoría guerrera para numerosos pueblos. Para los romanos era su tótem.”

—Eso en cuanto a los lobos, ¿pero no me ha dicho que son dos lobas?

—Exacto, y amamantando dos lobeznos cada una. ¡Qué extraña representación! ¿No le parece?

—No creo mucho en estas cosas.

—No pude irme de la tienda de mi amigo sin averiguar qué podría significar; este me mostró algunos libros e hizo algunas llamadas para contrastar sus conjeturas y las hipótesis encontradas en distintos volúmenes. Enseguida dio con ello. Por lo visto, en heráldica, una loba amamantando a su cría es una alegoría de la continuidad; la saga, el cuidado de la prole que continuará el mandato, la transmisión de un legado, de una misión. Esto me llamó la atención. Una misión que hay que transmitir... ¿De qué misión puede tratarse?

—¿Por qué me cuenta todo esto? Me dijeron que quería verme por si podía echar una mano en una investigación de corrupción relacionada con el proceso de paz.

—Perdone. Soy una persona sin demasiada formación y tengo pocas oportunidades de hablar con gente dedicada al estudio. Todo lo que me contó mi amigo me impresionó vivamente. Cuando llegué a mi casa no pude por menos que consultar durante un rato la Wikipedia; sí, ya sé que a veces no es muy de fiar, pero uno puede bucear en muchos temas sin necesidad de visitar archivos medievales o bibliotecas en las que solo dejan entrar a licenciados. ¿Y sabe que encontré?

—No tengo ni idea.

—A lo que se dedicaban sus antepasados, los Aguirre, cuando forjaron su escudo.

—¿Y a qué se dedicaban?

—A la guerra.

—Parece que era lo natural en aquella época.

—Era un familia de militares. Digamos que capitaneaban el ejército de choque del primer señor de Vizcaya, un tal Iñigo López Ezquerria. Estamos hablando del año 1000, el siglo en que Vizcaya se convirtió por primer vez en un territorio con organización política propia, y que duró ocho siglos más, hasta 1876, en que fueron abolidas las Juntas Generales de Vizcaya y el régimen foral vizcaíno. Vizcaya llegó a tener bandera naval propia, casa de contratación y consulado en Brujas. Incluso tuvo dos aduanas, en Valmaseda y en Orduña. Se puede concluir que los Aguirre forman parte del germen del nacionalismo vasco y, fíjese qué curioso, el escudo del señorío de Vizcaya tiene también una carrasca y dos lobos con un cordero blanco cada uno de ellos en la boca.

—¿A dónde quiere llegar con todo esto?

—Tendrá que perdonarme, tengo una imaginación que a veces me cuesta controlar y he llegado a fantasear con que los Aguirre son los encargados de mantener viva la llama del nacionalismo, la misión que indica su escudo a través del símbolo de las lobas que amamantan a sus pequeños para transmitir el germen de la lucha por los privilegios, los fueros, la independencia... A lo mejor ellos son “el guerrero esforzado, cruel con sus enemigos, a los que nunca da cuartel, y siempre listo para la acción”.

—¿Está jugando al "Código Da Vinci"?

—Si todas estas conjeturas tuvieran alguna base sólida, usted o alguien apellidado Aguirre podría ser uno de esos *gudaris* esforzados.

—Tenga mucho cuidado con lo que insinúa.

—No insinúo nada. Simplemente especulo. Pero antes de irme, me gustaría que me dijera algo. ¿Por qué un joven de la *kale borroka* guipuzcoana, como usted, cuando llega a León cambia tan radicalmente.

—Todos maduramos en algún momento.

—Usted me parece un hombre sorprendente... aunque no me extrañaría que me reserve alguna sorpresa más.

Nada más despedirse del comisario Campos, Antonio Aguirre cogió su móvil y marcó un número.

—Señor, necesito verle. ¿En la rectoría? De acuerdo, voy para arriba.